

**REAFIRMANDO
NUESTRA
PASTORAL
DIOCESANA**

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

1986

REAFIRMANDO NUESTRA PASTORAL DIOCESANA

A. INTRODUCCION

1. Jesucristo edificó la Iglesia enviando a sus Apóstoles lo mismo que El fue enviado por el Padre y "los Obispos han sucedido, por institución divina, a los apóstoles como pastores de la Iglesia, de modo que quien los escucha, escucha a Cristo y quien los desprecia, desprecia a Cristo y a quien le envió" (Lc. 10,12) L.G. N* 20).

2. Los Obispos deben gobernar la Iglesia que le ha sido confiada con su autoridad que debe ser usada únicamente para edificar a su grey en la verdad y en la santidad. El Obispo tiene el sagrado derecho, y ante Dios el deber, de legislar sobre sus súbditos y regular lo que pertenece a la organización del culto y de la persona. El Concilio Vaticano insiste que el Obispo debe gobernar al estilo de Jesús, el Buen Pastor. Eso significa que deberá escuchar, respetar y ser un servidor del Pueblo de Dios. (Cf. L.G. 27).

Se pide a "los cristianos que estén unidos a su Obispo como la Iglesia a Jesucristo y como Jesucristo al Padre para que todas las cosas se armonicen en la unidad y crezcan para gloria de Dios". (L.G.27).

El Episcopado de Chile en estos años ha hecho algunas opciones pastorales que se han ido clarificando, ya sea en los documentos pastorales, ya sea en líneas adoptadas en las asambleas anuales, ya sea en los cambios de actitud y de estilo que en estos 20 años pueden ser percibidos por todos los que siguen la vida de nuestra Iglesia.

Las principales opciones:

a) Se han organizado y fortalecido las comunidades cristianas: Esta decisión ha ido creando una nueva estructura pastoral que se ha fortalecido por el diaconado permanente; por los diversos ministerios y por la catequesis familiar.

b) La integración del concepto de "solidaridad", palabra mal interpretada por algunos, con la intencionalidad de unir la fe y la vida. Ha sido el camino para transformar la caridad entendida como limosna en un camino real de participación. Solidaridad es compartir y es una expresión verdadera de la "compasión" o sea del padecer con los otros.

c) Se ha colocado mayor énfasis en la llamada "opción por los pobres" para responder mejor al llamado permanente de Jesús por los desposeídos, los enfermos y marginados. Se está tratando de vivir el texto bíblico "He venido a traer la buena noticia a los pobres, a romper las cadenas de los esclavos, a darle la vista a los ciegos y a anunciar el Reino de Dios". Es la consecuencia del pesamiento de San Pablo que nos enseña que "la vocación del cristiano es la libertad" y que "Cristo murió para traernos la libertad". Es la liberación integral como lo han explicado Paulo VI y Juan Pablo II.

d) Se va caminando hacia una Iglesia más participativa, más abierta al servicio de la humanidad, más preocupada del Reino de Dios que de su propia imagen. Es la Iglesia que ha logrado hacer del Pueblo de Dios el eje central de su estructura y que se esfuerza en que los sacerdotes y Obispos, en comunión con la Santa Sede, sean los servidores de ese Pueblo de Dios al cual llamamos Iglesia.

e) Ha crecido el amor por Jesucristo, el Dios y Hombre verdadero, y el Señor ha adquirido una gran vitalidad en muchos cristianos. La Palabra de Dios se ha transformado en Palabra Viva y es el gran elemento para discernir la Voluntad de Dios.

f) En los últimos años ha crecido en nuestra Iglesia el respeto y el amor por la vida. Jesús vino a traer vida en abundancia y este rasgo del Señor se ha ido acentuando con una enorme fuerza entre nosotros. Nadie puede ser apóstol de la vida si no recorre el camino de Jesús "el primer nacido entre los muertos" "el primer resucitado, vencedor de la muerte".

Ciertamente no todo ha sido fácil y ha habido contradicciones como en todo proceso de cambio; pero el balance global es enormemente positivo.

REAFIRMANDO NUESTRA PASTORAL DIOCESANA

B. ACCIONES BASICAS DE LAS JORNADAS PASTORALES DE TALCA PARA 1986.

En las Jornadas Pastorales de Verano, en Vilches, los representantes de las comunidades cristianas, sacerdotes, religiosas y laicos llegaron, en plena comunión con el Obispo al siguiente acuerdo:

“Nos proponemos avanzar en tres aspectos fundamentales:

a) Formación:

Profundizar la identidad cristiana, en especial del laico inserto en el mundo de hoy, asumiendo al estilo de Jesús. Esta identidad cristiana tiene especial importancia para la juventud.

b) Compromisos sobre las Comunidades Cristianas:

Que las Comunidades adquieran un mayor compromiso de evangelización y transformación de la vida del sector centrada en la familia, la juventud, las organizaciones sociales y políticas.

c) Organización:

Fortalecer los Consejos de las Comunidades Cristianas y crear los Consejos de CEB donde no los hay, a nivel de comunidad local y a nivel de Zona.

REAFIRMANDO NUESTRA PASTORAL DIOCESANA

C. CONSECUENCIAS DE ESTOS ACUERDOS.

Los acuerdos están en la línea de las orientaciones pastorales del Episcopado para los años 1986/1989, en el documento "Iglesia al servicio de la vida". Les pido a todos los católicos asumir lealmente estas orientaciones y recomiendo meditar y profundizar especialmente los N° 119 a 123; 206 a 211 y 238 a 250.

1. Profundizar la identidad cristiana.

Es urgente profundizar la identidad cristiana y en especial la identidad del laico inserto en el mundo de hoy; y se trata del proceso permanente de reafirmación de lo que significa ser cristiano, en el estilo de Jesús, y con las consecuencias determinadas que significa alcanzar la verdadera identidad de un cristiano. Esta urgencia se refiere a la juventud, a los adultos, a la vida familiar, a la vida política y a todas las actividades en las cuales se desarrolla la vida humana.

"La primera opción debe ser Jesucristo y el Evangelio" (O.P. 119) lo cual significa una experiencia vital sobre Jesús que lleva a iluminar criterios de vida.

La Iglesia desea que la fe llegue a la integridad de la vida y así se rompan fronteras de individualismo para vivir en plenitud las Bienaventuranzas que Jesús presenta en el Sermón de la montaña.

Algunos aspectos básicos:

a) Se trata de la formación sustentada en una experiencia personal y comunitaria del Dios de la Vida. San Pedro vió a Jesús transfigurado en la montaña, Santa María Magdalena recibió la gracia de su perdón, San Pablo experimentó su presencia en el camino, San Francisco lo besó en el leproso. Santa Teresa intimó con El a través de la oración. Sin una experiencia fundante de Jesús, la formación crece sin raíces.

b) Se trata de formar discípulos, es decir, aprendices y servidores del Reino, lo cual significa dejarnos penetrar profundamente por los critérios de Jesús expresados en la Palabra viva del Evangelio. Si su experiencia nos atrae, entonces nos dejaremos seducir por su Reino. Si hay una experiencia personal del Señor, es más fácil que aparezca en nosotros la admiración por su Persona. Y, sobre todo, si colocamos la formación en esta perspectiva, el Señor podrá criticar y convertir criterios que fácilmente se contaminan con las ideologías y costumbres dominantes”.

c) Queremos formar testigos. Es decir, personas cuya actuación se comprenda cabalmente a la luz de la Encarnación y la Resurrección del Señor. Si optamos por los pobres es porque así se encarnó el Señor. Si nos queremos reconciliar es porque así lo aprendimos al pie de la Cruz. Si practicamos el perdón es porque creemos que hasta los muertos resucitan. El testimonio es más que ser bueno o portarse bien. Es vivir lo que vive Jesús y lo que en definitiva sólo se entiende desde la perspectiva de Jesús”.

d) Queremos formar personas profundamente humanas. El Evangelio es la respuesta acertada a los deseos profundos de la humanidad que anidan en el corazón de cada hombre. Y esta convicción tiene que hacerse presente en todo el camino de nuestra formación. Según el plan de Dios no puede haber contradicción alguna entre lo natural y lo sobrenatural, entre los criterios del Reino y las aspiraciones humanas, entre la racionalidad y la emotividad. Presentar el Evangelio como lo que es: la respuesta viva de Dios al hombre, nos lleva a recorrer un camino de profunda integración de la personalidad humana.

e) Queremos formar gente capaz de celebrar. Cada día comprendemos mejor este rasgo de la vida humana. El gozo, la alegría, la festividad son elementos fundamentales de la persona y aspectos centrales del Reino que no es comida ni bebida sino justicia y paz y gozo en el Espíritu. Esto requiere una formación litúrgica que nos ayude a experimentar al Señor en los sacramentos de la fe, a hacer fiesta en su presencia viva en medio de nosotros, y a celebrar más que a “administrar” los ritos constitutivos de la vida humana. Los signos, los símbolos, los gestos y las palabras adquieren una

vitalidad contagiosa cuando son fecundos por el Evangelio en el corazón de la celebración de la fe.

f) Queremos formar cristianos convencidos y convincentes. Personas que adhieren de corazón al Dios de la Vida y que, en consecuencia, trabajen incansablemente por establecer la cultura de la vida. No queremos hombres y mujeres moralistas, esclavos de la ley y del escrúpulo. Queremos hombres y mujeres traspasados por la vida del Espíritu que los haga libres para amar y para servir, que los despoje de toda atadura para que puedan asumir el camino de Jesús como camino de libertad. El mejor argumento de su libertad será que aman con el mismo amor del Señor.

g) El Señor quiere cristianos capaces de asumir su historia y responder a los requerimientos de la hora presente. Personas que trabajen por la liberación integral de su pueblo y contribuyan a la transformación de la sociedad en que vivimos; cristianos que en su misión opten por los pobres y no ahorren esfuerzos por hacer de la reconciliación una práctica, más que una intención". Orientaciones Pastorales 1986/1989.

Y los Obispos hemos escrito: "quisiéramos sintetizar nuestra orientación diciendo que son personas y comunidades cristianas las que queremos formar. Necesitamos cristianos que sean obreros, cristianos que sean profesionales, cristianos que sean agentes de pastoral. Necesitamos hacer de la experiencia cristiana un sustantivo y no sólo un adjetivo calificativo; un nombre y no un apellido.

Al seguir estas líneas enumeradas por el Episcopado del país se llega claramente a una mayor profundidad de la identificación cristiana. Al vivir en esa línea de formación en forma seria y en profundidad se superan las ambigüedades y los complejos de inferioridad frente a las ideologías no cristianas; frente al materialismo que nos invade en sus diversas expresiones; frente al marxismo que tiende a creerse propietario del mundo obrero y de los pobres, frente a las dictaduras, ya sea de orden político o mental que tratan de frenar la libertad, el gran valor que Dios ha dado a todo ser humano.

Esta primera línea, queridos cristianos, debe ser asumida con seriedad, en forma prioritaria y profundizarla. Si no hay una clara identidad de lo que es ser creyente cristiano católico no hay posibilidad de crecimiento y se fomentarían las vacilaciones y ambigüedades que hacen daño porque desorientan a los vacilantes y a quienes viven cerca de ellos y así se crean toda clase de confusiones por todos conocidas.

Optar por esta línea significa fomentar de manera permanente

la lectura y meditación del Evangelio, en la familia, en las personas y en los encuentros de comunidad. Habría que organizar y participar en cursos de formación, en retiros y en jornadas de formación cristiana. Es una opción clara para dar una respuesta sincera a la desorientación que invade con frecuencia a tantos cristianos que creen compatible su ser cristiano con las ideologías no cristianas, con las supersticiones, con los horóscopos, etc.

Este profundizar en la identidad cristiana lleva necesariamente a descubrir a Jesucristo Resucitado eje y el centro de la vida. Así El será Alguien, actual y viviente.

Jesús es el Señor de la vida, enviado para comunicar la vida en abundancia. El vence la muerte y su Presencia y su acción nos transforman en personas capaces de comunicar vida y esperanza. Si Jesús es eje y centro de la vida El logra hacer de sus discípulos los hombres nuevos que defienden la vida porque han optado por la vida, por el amor, por la fraternidad. Por esta línea de formación es posible llegar a revisar en comunidad los acontecimientos a la luz del Evangelio y así superar la ruptura entre fe y vida.

La Pastoral Juvenil ha optado por esta profundidad de identidad cristiana como primera prioridad. Los jóvenes desean abordar en esta línea y es deber de toda la Iglesia apoyarlo en este esfuerzo que es de importancia decisiva para la juventud, ya sea por la edad en que se encuentran, ya sea por el tiempo histórico que estamos viviendo.

2. Consecuencias del compromiso por las comunidades cristianas.

En las Orientaciones Pastorales del Episcopado 1986/ 1989 se ha escrito: "la comunidad eclesial de base ha sido nuestro interlocutor mejor dispuesto en las frecuentes reflexiones y orientaciones que hemos ofrecido en servicio a la Iglesia y al país.

Al mirar el camino recorrido estos cuatro últimos años, podemos alegrarnos, porque en las CEB se han vivido gestos, campañas misioneras y solidarias que han hecho significativa la presencia de la Iglesia en los sectores populares y campesinos.

Constituyen una gran riqueza las experiencias de fe, de fraternidad, de vida litúrgica que han vivido innumerables comunidades eclesiales de base a lo largo del país. En nuestra Diócesis se ha producido valioso material de apoyo para las comunidades, especialmente en los documentos elaborados en las jornadas de Vilches, en 1985.

Se han producido variadas y valiosas experiencias; pero aún queda mucho por avanzar y falta todavía en una mayor decisión por impulsar y desarrollar las CEB y existe un importante número de personas en quienes trabajan en pastoral que no tiene claridad acerca de identidad, importancia y rol que tienen las CEB.

Los Obispos escriben: "Renovemos nuestra prioridad pastoral por las CEB porque están llamadas a ser signos de un ideal cristiano de sociedad, centro de renovación pastoral y apoyo en la fe, esperanza y caridad para el compromiso de sus miembros en la construcción de la sociedad".

Insisto a todos los que trabajan en las parroquias populares y en los campos que renueven sus compromisos por las comunidades cristianas. Se trata de un llamado especial a estos determinados ambientes porque para el mundo de los profesionales y de los sectores centrales de la ciudad se ha visto necesario buscar otras formas de expresión de vida comunitaria ya hay pasos interesantes en este sector.

Les recuerdo:

a) Dios es Comunión y Comunidad. El creó a los hombres a su imagen y semejanza, lo cual significa que estamos llamados a formar un Pueblo Comunidad que, al igual que Dios, vive en el amor. Jesús nos ha revelado que lo esencial de la vida del hombre y lo que constituye la vida del pueblo de Dios **ES EL AMOR.**

Las primeras comunidades que nos muestra la Biblia, en los Hechos de los Apóstoles, brotan de una profunda vivencia de fe, que se tradujo en una profunda vivencia de amor, entre sus integrantes y hacia todos los demás.

b) La persona de Jesús, el amor hecho hombre, su ejemplo, sus actitudes y su doctrina constituyen una realidad

vital, central e indispensable de una comunidad. Vivir en el amor al modo de Jesús, significa salir de una situación defensiva. No es luchar contra otros o defender posiciones. Es cultivar la vida en el amor. Es pensar la vida en el amor, más que en términos de lucha por triunfo o de imponer la verdad con leyes o reglamentos. Es practicar generosamente la caridad.

c) El mundo actual vive demasiado obsesionado por el poder, el dinero y la cultura. Se han sobrevalorado los títulos, las propiedades, los cargos. El poder y el dinero matan o desalientan las relaciones humanas y el poder absoluto mata todo lo que sea comunitario. Las Comunidades Cristianas nunca podrán crecer bien con personas que buscan desordenadamente el poder, el dinero o la cultura.

d) Las Comunidades Cristianas buscan edificar un mundo nuevo partiendo del Amor y del Evangelio y constituyen una respuesta para quienes buscan los valores del Reino: Justicia, Verdad, Solidaridad, Esperanza, Libertad y Unidad.

Trabajemos sin cansancio en superar el individualismo y la tendencia de hacerlo todo sin colaborar con los otros.

De manera especial, debemos esforzarnos para lograr que las comunidades asuman la misión evangelizadora y transformadora de su barrio o sector.

Falta mucho por hacer y se necesita una decisión interior en los cristianos, en los sacerdotes, en los diversos ministerios, en las religiosas para que las comunidades cristianas sean el eje central de la pastoral.

e) Y deseo referirme a un problema difícil de resolver en el terreno práctico: los diversos roles en las comunidades cristianas.

Respetemos todas las diversas vocaciones de la Iglesia: al sacerdote, al diácono, a las religiosas, al ministro, al catequista, al animador de la comunidad, al animador juvenil.

En la Iglesia existen diversos dones y todos necesitan crecer y enriquecerse en una permanente complementación.

Nadie crece si no hay confianza en su persona y en sus posibilidades. El sacerdote que no respeta al laico, al ministro y quiere hacerlo todo sin dejarse ayudar por los otros termina siendo un pequeño dictador que no permite crecer a quienes están cerca de él. Tendrá ejecutores de sus órdenes; pero no habrá crecimiento de vida. Habrá cristianos obedientes pero la Iglesia desea el crecimiento de el Pueblo de Dios maduro, responsable, con iniciativa y pide al sacerdote servidor que ayude a crecer de verdad a ese pueblo de Dios.

La religiosa que no respeta al laicado cometerá el mismo error y tal vez tendrá buenos sacristanes a sus órdenes; pero no formará personas.

El laico, ya sea sin responsabilidad especial, ya sea ministro o diácono casado, que no logra un respeto por los sacerdotes y por las religiosas termina creando mecanismos de defensa o agresividad y suele ser anticlerical o poco cordial con los sacerdotes.

Se requiere una mutua y real complementación de roles, con abertura y lealtad.

Los consagrados, sacerdotes, religiosas deben dar el paso de complementar su tarea apostólica con la valiosa colaboración del laicado. Que en cada parroquia existan ministros laicos que puedan trabajar en equipo con los sacerdotes. El ministro no es una persona que ha recibido el ministerio sólo para reemplazar la ausencia del sacerdote o para sacar de apuro al párroco cuando

él no puede celebrar una liturgia dominical o no tiene tiempo para dar la sagrada comunión. Tampoco el diácono es un pequeño sacerdote que realiza algunas tareas para aliviar al sacerdote.

El espíritu de la Iglesia al pensar en las Comunidades Cristianas es desarrollar las diversas vocaciones y obtener que cada persona viva los llamados de Dios.

La prepotencia, el afán posesivo, el deseo de hacerlo todo, son realidades que a todos nos hacen daño y que impiden crecer a quienes están cerca de nosotros. Tal vez todos tenemos esta tendencia; pero, con la gracia de Dios, se pueden superar estas inclinaciones y aprender honestamente a hacer equipo y comunidad con los otros.

Esta realidad de la complementación mutua se aplica a los matrimonios, a las relaciones de padres e hijos, al trato entre jóvenes y ancianos. Todos tenemos alguna misión en la Iglesia que sólo crece cuando se vive en un espíritu en comunión y respeto mutuo. Ese espíritu lleva a la complementación y al enriquecimiento de todos. Así se construye Iglesia y se avanza en el crecimiento del Reino de Dios.

Este compromiso por las Comunidades Cristianas no significa dejar de lado realidades importantes que se viven en la Iglesia: catequesis familiar, Cali, preparación a novios, equipos de solidaridad, etc.

Habrá que seguir trabajando y mejorando estos servicios valiosos. Es necesario llegar a una mayor integración de estos servicios en las Comunidades Cristianas, ya sea en los diversos lugares o en la sede parroquial.

Les pido el esfuerzo de integración y de complementación. Es mejorar nuestra pastoral para darle un mayor carácter comunitario.

Se trata de que todo sacerdote que trabaja en la pastoral se integre con el laicado, con las religiosas, con los ministerios diversos.

Es superar una pastoral centrada únicamente en las personas para llegar a una pastoral construída en las comunidades.

3. Establecer los Consejos de Comunidades.

Esta tercera y última consecuencia es el resultado lógico de lo tratado anteriormente.

Si no se establece este mecanismo real, de participación de los laicos, ministros y religiosas no podrá funcionar de verdad una comunidad cristiana. Cuando todo descansa en el sacerdote o en el responsable de la comunidad o en un matrimonio que lo hace todo, sucederá, casi con toda seguridad, que el Consejo de comunidad será un simple papel que no vale para nada. Si alguien se constituye cabeza y anula a los otros, no habrá jamás un consejo de comunidad. Al pensar en los Consejos de comunidad necesariamente habrá que estudiar los roles y las tareas diferentes de las diversas vocaciones.

Se trata de establecer verdaderos consejos en la comunidad, en las parroquias y en las zonas. La Vicaría Pastoral y los Consejos de Zona deberán colaborar en esta importante tarea de encontrar mecanismos y metodologías para hacer realidad y mejorar los Consejos de las Comunidades. Esta tarea de la Vicaría Pastoral se aplica a toda la vida pastoral y a todas las consecuencias de las jornadas pastorales de Vilches.

Es urgente y necesario hacerlo; pero no puede ser una solución teórica. Se necesita el paso real de convencimiento. Es una necesidad de la Iglesia y hay un llamado formal del Obispo, sucesor de los Apóstoles para dar este paso. Les reitero la palabra de Jesús "quien

a vosotros desprecia, a mi me desprecia".

Ojalá que estas reflexiones ayuden a todos a dar pasos determinados. Sé que obedecer al espíritu de esta carta significará para muchos de ustedes modificar estilos, revisar sus posiciones pastorales y dar un paso tal vez difícil de conversión.

En Marzo de 1987 vendrá a Chile el Santo Padre. Que importante y que necesario es que el Papa nos encuentre trabajando en profundidad por nuestra profunda identidad cristiana, en comunidades que vivan vinculadas en el amor y en el perdón. Que el pueda captar una Iglesia que está viviendo en el estilo de Jesús, en fidelidad al Evangelio, en la defensa por la vida y la dignidad de todos los hombres y mujeres que vivimos en este Chile al cual queremos porque es nuestro país.

Estamos viviendo el tiempo de Cuaresma. Le pido al Señor que en todos nosotros crezca el deseo de una conversión verdadera. Es de esperar que esta conversión se traduzca en un compromiso real que une la vida y la fe.

Cordialmente. En el Señor,

+ CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

TALCA, 28 de Febrero de 1986.